

Alexander Betancourt Mendieta

En los orígenes del relato histórico nacional: la Independencia

Las preguntas acerca de la situación de la Independencia en la historia de América Latina abarcan un gran espectro de la producción académica contemporánea. Más que una novedad es la ratificación de la fuerte presencia de un tema más o menos permanente en las tradiciones de escritura en el mundo latinoamericano desde el siglo XIX. La Independencia ha sido una referencia periódica que funciona casi como una hierofanía; es decir, como una alusión al origen que la asume no sólo como un principio que explica sino como el momento que basta para explicar cualquier historia nacional (Bloch 1996: 142).

Es obvio que el impulso sobre el que descansa la recurrencia en el tema de la Independencia en el presente se debe a una coyuntura conmemorativa que, afortunadamente, no tiene sólo el sello de la apoteosis. Las celebraciones organizadas por los gobiernos nacionales tienen obligadamente esta característica; sin embargo, en el plano académico, la puesta en escena de los acontecimientos de la Independencia ha llevado a repensar nuevamente los alcances del proyecto republicano y el sentido de la nación. Estas cuestiones básicas han encontrado en esta circunstancia una posibilidad de emerger con una gran vitalidad y colocan a la mirada historiográfica en una perspectiva de balance y de redefinición del sentido del pasado, presente y futuro de la historia nacional de América Latina.

La mirada reciente sobre los acontecimientos y los procesos desatados por la Independencia apuntalan la reflexión sobre la narrativa que ha convertido a estos sucesos en el origen del pasado nacional. Por lo tanto, también se ha desarrollado una revisión sobre sus alcances, el significado y la forma en que ha sido asumida como referente básico de la constitución del proyecto político del Estado nacional y el punto de partida de la constitución de la nación. Para tocar las temáticas abiertas por la reciente producción histórica latinoamericana sobre la Independencia, el trabajo aborda tres puntos básicos: la for-

ma como ha llegado a nosotros el periodo de la Independencia, aproximación que se hará a través de las observaciones sobre algunos aspectos que dieron forma a la memoria de los acontecimientos de la Independencia, en particular mediante la aproximación a textos referidos a la escritura de la historia; después, para concluir plantea una breve descripción de algunos problemas relacionados con la Independencia y cómo se convirtió en un tema central de una vasta producción historiográfica antigua y reciente.

1. La Independencia: un viejo tema de la escritura en América Latina

El periodo comprendido entre 1808 y 1820 tanto para sus protagonistas como para la tradición de escritura posterior, fue percibido como una serie de acontecimientos que constituían un proceso revolucionario. Las aproximaciones a este momento desde los testimonios de la época y las obras con el sello de la rememoración publicadas después, resaltan que en ese tramo temporal se da el inicio de un nuevo periodo histórico debido a las situaciones inéditas que tuvieron que enfrentar. La percepción de la ruptura alentó de manera inmediata a los hombres de letras para que trataran de registrar los hechos, de tal forma que esos acontecimientos no cayeran en el olvido y, sobre todo, para que sirvieran de fuente a la hora de dilucidar el papel de los protagonistas. El ejercicio de la crónica fue, entonces, el primer paso para construir aquella memoria. La estrategia, sin embargo, no era nueva en la tradición de escritura en América Latina.

1.1 La crónica

La memoria histórica tiene un papel fundamental en las relaciones de las sociedades con su pasado y, por ende, en la constitución de las comunidades nacionales. Los recuerdos individuales adquieren sentido y función con relación a la memoria colectiva que establece, mediante la selección de experiencias, saberes y recuerdos, los eventos clave que participarán en la estructuración de la identidad colectiva, en donde también se inscribe la identidad individual. De esta forma, mientras ha pervivido la hegemonía del Estado nacional, la memoria colectiva ha sido permeada por el trabajo de la escritura de la historia que convirtió a los textos históricos en un actor central de la apro-

piación del pasado y en la construcción de la identidad nacional (König/Pagni/Rinke 2008).

En el caso de las tradiciones de conocimiento en América Latina, la memoria histórica es el resultado de una evocación que está asociada al prestigio de la palabra escrita. Es decir, el pasado es una verdad que está ligada al recuerdo, pero que no se convierte en tal si no está registrada por escrito. El recuerdo se coloca así a salvo del tiempo, pero se convierte en una realidad espiritual nueva que es accesible sólo a los letrados. Esta característica en la estructuración de la memoria histórica se asocia, además, a una tradición religiosa medieval en donde la tarea intelectual más importante era copiar, coleccionar y clasificar la suma de conocimientos posibles que convertían a esas recopilaciones en las fuentes de autoridad a las que se debía volver una y otra vez a la hora de construir el pasado (Serna 2000: 15).

Desde el siglo XVI, la elaboración de crónicas en América partía del supuesto que eran narraciones próximas y directas de lo visto y lo vivido, y que al estar plasmadas en el papel, cerraban el sello de su autoridad para convertirse en fuente de verdad (Kagan 2010: 343; Serna 2000: 53). Una presencia tan fuerte de la palabra escrita desde la llegada de los europeos a América pervivió hasta el siglo XX como una estrategia socorrida para construir el pasado.

En el siglo XIX, la escritura juega un papel central a la hora de crear una memoria nacional especialmente cuando se asocia al objetivo de justificar la fundación de un Estado nacional. Para realizar esta operación apela a una de las características en la cimentación de la memoria histórica, que es recurrir a la verdad histórica. El recurso de veracidad que tiene la escritura de la historia en un momento como éste, toma como referente la tradición de la crónica; por eso, este tipo de trabajos escritos concentra la atención en resaltar un hecho sustancial, los datos que presenta hacen parte de una declaración del testigo ocular de los sucesos; a lo que habría que añadir, a principios de ese siglo, que los testigos, al igual que el cronista de la época del descubrimiento, tuvieron frente a sí hechos excepcionales, pero, al mismo tiempo, hacían parte de ellos como “luchadores y constructores”.

El ejercicio de la escritura en coyunturas tan extraordinarias en la historia de América como el descubrimiento y la Independencia es-

tá lejos de ser el trabajo de un erudito que disfruta con las letras por lo que “ellas transmiten de saber y de duda”. A principios del siglo XIX en América, la vocación de la escritura se vuelca hacia el compromiso de las nuevas causas políticas (Gutiérrez Girardot 2001: 62). Por eso, la escritura toma en aquel momento una función testimonial: quien escribe elabora evidencias y funge como un espectador que declara desde la perspectiva de un testigo de hechos únicos. Algunas muestras de ello pueden encontrarse en trabajos como el de José María Caballero, *En la Independencia*. La obra es un diario detallado de múltiples acontecimientos desarrollados en la ciudad de Santafé de Bogotá, que relaciona simultáneamente datos generales sobre los gobernantes de la ciudad y algunas anécdotas ocurridas entre 1743 y 1809, asuntos que apenas ocupan las primeras páginas. El diario propiamente arranca en el año 1795 y el grueso de las noticias se concentra en las impresiones que suscitan en el tendero santafereño, los sucesos políticos y militares que se desarrollan en la ciudad desde 1810 hasta 1819. Si bien el registro de este tipo de acontecimientos es el que concentra la atención del autor, se da tiempo para dar noticias breves sobre fiestas, matrimonios, nacimientos, muertes, suicidios, enredos amorosos y fenómenos celestes.¹ Las situaciones registradas, en conjunto, resaltan la novedad de los hechos y la incertidumbre que tales transformaciones planteaban para el futuro de la sociedad local y para la Nueva Granada como un todo.

En el mundo americano de principios del siglo XIX hay trabajos similares al de Caballero, como la crónica de José Ignacio Cienfuegos Arteaga, *Memoria histórica desde la batalla de Chacabuco a la de Maipo* (1817) que participa de manera favorable de la causa de la Independencia; en aquellos años también fue redactado el diario de John F. Coffin, *Journal of Residence in Chili by a Young American, Detained in that Country, during the Revolutionary Scenes of 1817-1819* (1823), entre muchos otros casos en las nacientes repúblicas americanas.

1 El diario fue publicado en forma de libro hasta 1902 en Bogotá con el título *La Patria Boba*. Los editores reconocieron que retocaron el texto.

1.2 Las memorias

Los diarios tienen una vida editorial azarosa y no necesariamente fueron dados a conocer en el momento que se redactaron. En muchos casos, como ocurrió con Caballero, el texto vio la luz casi cien años después y fue publicado con la advertencia de que tenía censuras. Algunos sobrevivientes de los acontecimientos políticos y militares de la primera década del siglo XIX, en los que, además, habían tenido algún tipo de participación, también volcaron en el papel las impresiones que tenían sobre aquellos hechos. A menudo, estos testimonios escritos a posteriori y al calor de las disputas políticas, estuvieron impulsados por la ambición de la gloria y el reconocimiento; de ahí el interés marcado por esclarecer asuntos específicos, suscitar inculpaciones concretas y/o exponer sucesos que en otros testimonios aparecían con menos luz o bajo otros enfoques. Un ejemplo notable de esta perspectiva descansa en el *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, publicado en París en 1831 por Lorenzo de Zavala, con múltiples reediciones durante el siglo XIX y el XX.

El esfuerzo de Zavala consistía, desde las primeras líneas, en “rectificar varios errores en que han incurrido los que hasta ahora han escrito acerca de los importantes acontecimientos políticos de aquel país, posteriores al año de 1808 [...]” (Zavala 1969: 7). El autor a lo largo del trabajo especifica con detalle la urgencia que tiene por aclarar los sucesos en los que ha tomado parte, porque su nombre estaba involucrado en acusaciones y sospechas de diversa índole (Trejo 2001: 176-177).

A la par que la obra de Zavala hubo publicaciones similares, con menos fortuna en el campo editorial, pero que al igual que aquella obra pretendían ofrecer matices políticos e históricos sobre los acontecimientos de la Independencia, es el caso de los juicios que proponen los recuerdos del general Manuel Antonio López, *Campaña del Perú por el ejército unido libertador de Colombia, Perú, B. Aires y Chile a las órdenes del inmortal Bolívar, en los años de 1823, 24 y 25* (1843). El trabajo de López pone en claro que su papel como soldado no le permitía “relatar tan grandes sucesos, ni bastaba su origen para dar autoridad al relato”; sin embargo, lo que impulsó la publicación, de acuerdo al autor, es que quienes podían haberlo

hecho no se dieron a la tarea; por lo tanto, el soldado tuvo la puerta abierta para publicar su perspectiva de los hechos a través de una narración que, según él, “no fue cuestionada por otros trabajos” pese a que “rozaba susceptibilidades encontradas” (López 1889: V).

En la misma dirección se encuentra la obra de Agustín Salazar y Lozano cuando publicó los *Recuerdos de los sucesos principales de la Revolución de Quito, desde 1809 hasta el de 1814* (1831) que pretendía contrastar por la vía de la historia el papel de Quito en aquellos acontecimientos y el lugar que se le otorgaba en el proyecto de centralización que encauzaba el gobierno de la Gran Colombia.

La publicación de memorias fue una estrategia permanente durante gran parte del siglo XIX. La elaboración de este tipo de textos, bajo la forma de ejercicios de rememoración empezó a prefigurar, gracias al alejamiento de los autores de los acontecimientos relatados, la estructuración de narraciones épicas que hicieron énfasis en exaltar lo vivido y acentuar el carácter trascendental de los hechos y los personajes que querían fijar en la memoria; con lo cual, sellaron el carácter especial de los acontecimientos que se desplegaron en suelo americano en las dos primeras décadas del siglo XIX.

1.3 El libro de Historia

La publicación de memorias después de 1830 adicionó un elemento vital para dar más veracidad al relato: citar y reproducir materiales que justificaran las afirmaciones del autor; por eso, a partir de esta década, los textos que tenían un tono histórico solían estar acompañados de la reproducción de informes y documentos oficiales, cartas, mapas y toda clase de escritos que dieran la mayor credibilidad posible al relato. Por supuesto, cada versión tuvo contradictores, pero en la distancia, el cúmulo de interpretaciones y noticias sobre el proceso revolucionario de principios del siglo XIX convirtió a cada uno de esos testimonios en una cantera de informaciones sobre un momento que cada día se afirmaba como un hecho único en la historia.

La elaboración, publicación y recepción de este tipo de trabajos tenía la característica de tener un contexto cargado por la expansión de las tensiones políticas, subsanadas a menudo por el signo de la guerra, lo cual le dio un valor utilitario a la verdad histórica que se manifestó en la forma que algunas versiones se impusieran sobre

otras, asociadas generalmente al triunfo de las armas; de esta manera, las obras consagradas por el triunfo del plan victorioso instauraron los cortes temporales, los protagonistas y el sentido de la historia que quedaría asentado en la memoria nacional sobre la Independencia (Guerra 2006: 28-30).

A lo largo del siglo XIX, la configuración de las identidades nacionales se hizo alrededor de la forja del proyecto nacional. Los orígenes y las metas de ese proyecto se legitimaron mediante la articulación del pasado colectivo a través de la narración histórica; es decir, la creación de un relato de la nación sirvió de eje a otros instrumentos de la formación de la nacionalidad como los héroes, los campos de batalla, los monumentos, las banderas, los himnos; con lo cual, la escritura de la historia estableció un núcleo de identificación en torno a la nación y a la legitimidad del Estado. El ejercicio de la escritura de la historia nacional adquirió un papel fundamental: imaginar a la nación y fundamentar la existencia del Estado al que atribuyó la tarea de integrar la diversidad en un espacio y una memoria homogénea desde el momento que instauró la idea del “destino nacional”. Ese fin de la historia se convirtió en una poderosa herramienta de interpretación del devenir histórico del Estado nacional, porque desde su aparición se convirtió en el vínculo entre el presente, el pasado y el futuro de la nación; de tal suerte que el futuro, con sus promesas de grandeza y éxito, podía proclamarse como el destino que estaba inscrito en el origen de la nación, que no era otro que el esfuerzo por alcanzar la libertad y el progreso, de acuerdo al sentido que estos relatos atribuyeron a los acontecimientos posteriores a 1808.

La idea del destino nacional, entonces, fue el resultado de un proceso de decantación de los múltiples relatos elaborados sobre ese periodo inaugural que dieron paso a una versión hegemónica del origen del Estado nacional. Esta depuración descansó fundamentalmente en el rol integrador asignado a la nación, y en el papel del Estado como el instrumento que impuso determinados referentes de identificación sobre las tradiciones identitarias de carácter local, regional y grupal.

En el caso de México, por ejemplo, puede encontrarse el desarrollo de la formación de un relato histórico nacional a lo largo de una dinámica de legitimación que se desenvuelve a partir de la propuesta de compilación de noticias que estructura a las obras de Carlos María

de Bustamante como *El cuadro histórico de la revolución de la América mexicana* (1821-1827), la *Continuación del cuadro histórico* (1832) y el *Diario histórico de México* (1822-1848). Bustamante se había propuesto poner en el papel todo lo que había “visto y oído de personas veraces”² sobre ese periodo de ruptura en el que se enclavaban los orígenes mismos de la República.

Una aproximación a los trabajos de Bustamante demuestra que ellos tienen las características de la crónica que ya se han comentado. Sus libros son un cúmulo de noticias de todo tipo en donde se mezclan indistintamente copias de documentos con los comentarios del compilador sobre el alcance político de los textos que reproduce y donde también intercala relatos anecdóticos de todo lo que, a cada paso, pretende dar cuenta de la perspectiva del narrador como testigo de los hechos. El sentido testimonial de las informaciones que trasunta la obra de Bustamante tenía un refuerzo vital, el autor participó activamente en el Congreso de Chilpancingo (1813) e intervino tanto en la redacción del discurso que dio allí José María Morelos, como en el Acta en la que se declaró la Independencia de México; lo cual le franqueó el acceso a la información disponible, a los principales actores de los acontecimientos que narraba y a fungir como un testigo privilegiado de los hechos.

Lo que hace diferente el trabajo de Bustamante de otros cronistas de la época es que en medio de la abigarrada cantidad de datos que ofrece, constituye el primer corpus documental sobre la insurgencia mexicana. La mirada panorámica sobre las vicisitudes del periodo revolucionario, unida al carácter basal de estos acontecimientos ante los cuales el compilador tenía simpatía, convirtieron a sus trabajos en la fuente socorrida para la elaboración de otros relatos que compartieron su perspectiva libertaria y fundante de los hechos sobre los que daba cuenta en sus compilaciones (Guedea 1997: 11-32).

2 En palabras de Bustamante: “Notaba con sentimiento que las personas que fueron testigos presenciales, y que habían sobrevivido á tan grandes acontecimientos, iban desapareciendo rápidamente y que á vueltas de pocos años se encontrarían muy pocas capaces de instruirnos con verdad de lo mismo que vieron... En estas circunstancias y por tales causas era casi imposible que se formara la historia, sino recurriendo á personas fidedignas y de buena crítica que presenciaron los sucesos” (Bustamante 1843: III-IV).

Si bien persistió la unanimidad sobre el valor de muchas de las informaciones que proporcionaba Bustamante, no hubo tal consenso en el momento que hizo presencia el uso político para estos trabajos. Bustamante, como otros autores de la época, participó activamente en las luchas entre facciones por el control del naciente Estado nacional. Por eso, las obras históricas de Lorenzo de Zavala, como ya se indicó, de José María Luis Mora y de Lucas Alamán tuvieron como eje central oponerse a algunas versiones proporcionadas por los trabajos de Bustamante.

En el caso de Mora, la publicación del libro *México y sus revoluciones* (1836) tenía el propósito de utilizar lo que “hay de servible” en *El cuadro histórico* de Bustamante, pero sobre la base de verificar los hechos a través de “los actores que existen” y el uso de documentos para “llenar de apostillas correctivas un ejemplar del Cuadro Histórico” (Mora 1965: 9-10). Esta obra de Mora si bien tiene un propósito de dar cuenta de los cambios en los territorios de la antigua Nueva España, no vincula su concepto de revolución a la idea de emancipación social y política; de hecho, el trabajo proporciona información sobre la situación social de la nueva sociedad independiente a partir del uso de datos estadísticos y plantea una clara oposición a los privilegios eclesiásticos, postura que fue socorrida constantemente en las disputas políticas de los siglos XIX y XX; lo que demuestra que el empleo de la escritura hacía parte de esa pulsión por construir, en medio de las perplejidades de los recientes cambios políticos, una autoridad reconocida por todos pero que al mismo tiempo fuera limitada. Este propósito tenía el problema de que al mismo tiempo que proclamaba aquellos principios enfrentaba la estructura social que había generado el gobierno de la corona española durante trescientos años (Breña 2006; Hale 1972; 1997: 820).

Por su parte, la obra histórica de Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon la Independencia en el año de 1808 hasta la época presente* (1849), quería demarcar bien las ideas que se presentaron desde el principio sobre los acontecimientos de 1810, porque

[v]i nacer en Guanajuato, mi patria, la revolución que comenzó D. Miguel Hidalgo [...] he tratado muy de cerca á casi todos los que desde aquella época han tenido parte en los acontecimientos políticos [...] que todo cuanto hasta ahora se ha publicado sobre los acontecimientos de

esta época tan importante, está plagado de errores, hijos unos de la ignorancia, otros de la mala fê y de las miras siniestras de los escritores, que todos se han dejado llevar por el espíritu de partido, como sucede casi siempre en los que escriben, recientes todavía los odios de las facciones á que han pertenecido (Alamán 1985: II-III).

Con lo cual, Alamán, al igual que los demás letrados americanos, pretendía fijar la forma de la realidad americana surgida de los sucesos de las tres primeras décadas del siglo XIX. La obra histórica de Alamán compartía con sus contemporáneas que los procesos de la Independencia habían dado lugar a la emergencia de una nueva sociedad, pero, a diferencia de la perspectiva de Bustamante y Mora, calificó negativamente el surgimiento de esa nueva sociedad a través de la vehemente indignación con la que apreciaba la figura y el movimiento que encabezó Miguel Hidalgo.

Desde la perspectiva de Alamán, Hidalgo era el símbolo de una revolución y, por lo tanto, también era el emblema que identificaba a quienes rompieron con la estructura social que se había establecido desde la llegada de los europeos a las tierras americanas; por eso, caracterizaba a la Independencia de la siguiente manera:

No fue ella una guerra de nacion a nacion, como se ha querido falsamente representarla; no fue un esfuerzo heroico de un pueblo que lucha por su libertad para sacudir el yugo de un poder opresor: fué, sí, un levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilizacion [...] El triunfo de la insurreccion hubiera sido la mayor calamidad que hubiera podido caer sobre el país (Alamán 1985: 723).

El orden social bajo el gobierno de la corona española tenía un orden específico en el que cada estrato de la sociedad ocupaba un lugar y con base en él se conservaba la paz. Una vez resquebrajado ese orden surgió una nueva dinámica social, cuyo rostro más visible, según Alamán, era la movilización que Hidalgo le dio a los grupos indígenas y mestizos para que se rebelaran y con ello atizó la hostilidad y la movilización social contra “los gachupines” bajo la insignia protectora de la Virgen de Guadalupe.

El pensamiento de Alamán delineaba algunos límites de los cambios políticos que desataba la Independencia, que contrasta con la mirada libertaria e igualitaria que se impuso como sello de la Independencia, con una abierta cautela hacia cualquier cambio social, pero que al final perdería su impronta como proyecto político (Annino/Rojas 2008: 57-62; Romero 1978: IX-XXXVIII).

2. Usos de la historia

Al igual que Bustamante, la *Historia de la revolución de la República de Colombia* (1827) de José Manuel Restrepo presentó la veracidad de su relato basado en la calidad de testigo y también como un actor privilegiado que tuvo contacto con los actores de los acontecimientos narrados; Restrepo participó en el Congreso de Cúcuta (1821) y fue miembro de los gabinetes republicanos en los cuales tuvo el encargo del Ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores en los gobiernos de Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. Por otro lado, también añadió a la narración la transcripción de documentos esenciales que plasmaban las ideas y los proyectos políticos que dieron origen a la Gran Colombia, primero, y después a la república de la Nueva Granada. Restrepo, al igual que Bustamante, elaboró un *Diario político y militar. Memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la Historia de la Revolución de Colombia y la Nueva Granada desde 1819 para adelante* que llevó pacientemente entre 1819 y 1858.

El devenir de los acontecimientos políticos y los avatares de las victorias militares y electorales dieron un lugar privilegiado a la escritura de la historia que respaldó el proyecto vencedor hasta el punto que tales textos podían llegar a convertirse en un medio para educar a la población. Fue así como la atinada labor de Alamán en el plano metodológico fue menos valorada que el sello ideológico de su autor que dejó a su obra al margen del canon histórico nacional en México. Por su parte, Bustamante y Restrepo, que también participaron con su pluma en la disputa política, tuvieron que realizar una segunda edición de sus obras con adiciones documentales, aclaraciones y abundantes notas que permitían actualizar la veracidad de los relatos. *El Cuadro* de Bustamante reapareció entre 1843-1846 y la *Historia* de Restrepo en 1854 (Castelán Rueda 1997; Mejía 2007).

El prestigio de las obras de Bustamante y Restrepo se mantiene incólume hasta la actualidad, pese a las sospechas que el contexto despierta sobre ellas. Sin embargo, la posibilidad de acotar el momento originario de la república, interpretación que pervive hasta hoy, convirtió a los cronistas omnipresentes en verdaderas “prisiones historiográficas”, porque el devenir de sus relatos, su éxito político y editorial convirtieron a la Independencia en un

[...] repertorio fijo e inalterable de los hechos, susceptible sólo de reacomodarse en una interpretación diferente. Esta es una verdadera cárcel historiográfica que ha cerrado los caminos de la investigación a la infinitud de los hechos sociales (Colmenares 1986: 11).

Todo aquello que puede decirse sobre los acontecimientos de las independencias nacionales inequívocamente parte de los datos de estas obras que, además, impusieron los cortes temporales, el carácter excepcional de los hechos y sus protagonistas y el sello libertario de aquellos acontecimientos a partir de los cuales forjaron el mito de origen del destino nacional.

3. La consagración de una idea: la vigencia de la Independencia

La escritura de la historia así como el proceso de la educación eran dos prácticas básicas en la constitución del Estado nacional. Aunque estas tareas se planteaban como recursos necesarios para la existencia del proyecto republicano, también fueron un escenario de desencuentros y enfrentaron las dificultades de la carencia de instituciones y personal no eclesiástico para educar a los niños y jóvenes, así como los obstáculos para la producción, circulación y difusión de libros. Si bien son dos elementos que están unidos, por razones de espacio, en este caso, el trabajo sólo va a tratar el plano de la escritura de la historia pero sin atender toda la complejidad que implican estos procesos.

La elaboración del relato histórico nacional demandó un notable esfuerzo erudito en el campo de la recopilación, la transcripción, la reproducción, la clasificación y la conservación de documentos, así como la elaboración de explicaciones sobre esos documentos y los acontecimientos que les habían dado origen. Dichas interpretaciones abarcaban indistintamente los hechos del pasado lejano como el periodo más inmediato. Esta febril actividad dio lugar a que cada obra de tema histórico estuviera estructurada en miles de páginas y muchos volúmenes. De ahí que el tamaño de la información que proporcionaban los libros de tema histórico enfrentó desde tempranas fechas el reto de la difusión. El mecanismo de solución del cual se echó mano para superar ese obstáculo fue la elaboración de resúmenes que fueran accesibles a los maestros y los estudiantes.

Desde la década de 1860, con las variantes propias de cada país, fue declarada la obligatoriedad de la enseñanza de la historia en la educación elemental; sin embargo, las disposiciones legales necesita-

ron el triunfo de un proyecto político en contienda para hacerse realidad; por eso, fue hasta después de emerger un proyecto de nación triunfante que hubo las condiciones para que se diera la posibilidad de implementar políticas educativas efectivas. De allí que esas condiciones aparecieron sólo hasta la década de los años 90 del siglo XIX en toda América Latina (Salazar 2001: 115-135).

La escritura de textos escolares que abordaron el tema de la historia nacional asumió como metodología resumir los contenidos de trabajos de historia nacional seleccionados por el pedagogo. El esfuerzo de síntesis fue reconocido y apoyado como el mejor método para garantizar que el maestro y el alumno pudieran ver la totalidad del proceso histórico nacional a través de una narración donde los hechos estaban ordenados de forma cronológica. El libro de texto adquirió desde aquel momento hasta hoy un papel central en la articulación de la enseñanza; de tal suerte que se convirtió en el lazo de unión entre el conocimiento científico y la difusión. En estos trabajos campeaba la aspiración de que allí se uniera el conocimiento disciplinar con la emotividad identitaria (Carreras Ares/Forcadell Álvarez 2003; Carretero/Rosa/González 2006; Galván/Martínez Moctezuma 2010).

A nivel del libro de texto, la historia nacional tomó la forma de una “narración de hechos” que aglomeraban la mayor cantidad de acontecimientos posibles con base en los cuales se elaboraba y justificaba la unidad del sujeto nacional y del proceso histórico que estructura a la nación. La narración cronológica y unilineal constituía en sí misma un perfil de continuidad en donde el presente era una muestra viva de la realización de las promesas establecidas en los orígenes, el cumplimiento del destino nacional. Uno de esos casos, por el carácter exitoso, se encuentra en la historia de México. De acuerdo a los cortes históricos establecidos por la producción letrada que se enmarca entre la publicación de *México a través de los siglos* (1884-1889) y *México: su evolución social* (1900-1902), el periodo de gobierno encabezado por Porfirio Díaz (1876-1911) tomó el lugar de la apoteosis de la evolución liberal, lo que implicaba que sería el tercer momento más importante de la historia nacional mexicana como colofón de la Independencia y la Reforma. Estos tres momentos crearon y le dieron una traza a la nación mexicana. En este caso, la enseñanza de la historia debía difundir y sintetizar esta inter-

pretación formulada y entresacada de miles de páginas eruditas. Esta forma de difusión y enseñanza de los conocimientos históricos bajo el parámetro de la síntesis en los libros de texto contribuyó a establecer una imagen específica de la historia nacional, del país y del territorio que perduró con fuerza hasta que otro proyecto político tomó el poder de la memoria (Castañeda García/Galván Lafarga/Martínez Moctezuma 2004; Maestro González 2003: 173-221). Sin embargo, la fragilidad de esas tareas se demuestra en los avatares de la historia nacional.

En el caso de México, una vez que los procesos políticos de la segunda década del siglo XX decantaron en una política de la escritura de la historia generada a través de instituciones específicas, el nuevo régimen ganó la batalla de la memoria y estableció nuevas interpretaciones del pasado nacional desde los años treinta del siglo XX. En este proceso, el período de gobierno de Porfirio Díaz dejó el lugar culminante que se le atribuyó durante la segunda mitad del siglo XIX para convertirse en otra etapa oscurantista, equiparable a otros momentos históricos designados así por la perspectiva liberal como la larga presencia de gobierno español durante trescientos años, los gobiernos conservadores posteriores a 1821 y los años de la presencia francesa a cargo del emperador Maximiliano durante los años de 1860. La Revolución se transformó en el culmen de la evolución liberal del Estado nacional mexicano complementado con el sello de una revolución popular (Benjamin 2003; O’Gorman 1960).

Al volver al siglo XIX, como en otros procesos, el Estado nacional apeló a los métodos de enseñanza probados por la iglesia católica. La estrategia de aprendizaje basado en preguntas y respuestas contaba con la aceptación unánime de ser una herramienta eficiente en la instrucción de los niños, una pedagogía de la “inteligencia dirigida” que facilitaba el aprendizaje y la labor del instructor; sus alcances también abarcaban a los adultos porque entre ellos el catecismo era una forma de socialización de los principios que servía para perseverar en la fe a través del reconocimiento de la sustancia del evangelio, que se reafirmaba a través de los medios orales –homilias–, las imágenes –reproducidas en los templos y en los textos– y los rituales, cuyo objetivo final era que el individuo se sintiera parte de una comunidad imaginada (Miranda Guerrero 1996: 31-69). Esta situación dejaba en

claro que la idea de nación tuvo que enfrentar el reto identitario que supuso la presencia masiva y antigua del catolicismo.

Los textos escolares plantean claramente cómo en la dinámica de la formación del ciudadano se encontraban dos proyectos de nación, el laico, promovido por el Estado nacional, y el religioso, fomentado por la iglesia católica. Cada uno de ellos tomó en diferentes momentos la forma del interés político pero se unían en los métodos y también en el sentido. En el ámbito laico, los ritos cívicos que complementaban a la historia patria se basaban y reforzaban en la tradición católica como se manifiesta en el *Catecismo político cristiano dispuesto para la instrucción de la Juventud de los Pueblos Libres de la América meridional* (1810), escrito por un tal José Amor de la Patria.

Más allá de las diferencias ideológicas, el esfuerzo laico y el religioso coincidieron en cultivar el “amor a su patria”, como afirmaba Justo Sierra en el *Catecismo de historia patria* (1894: 395). Para ello, tenían que comprender la fuerza de una presencia evidente como la cultura religiosa. La necesidad de fortalecer la unidad nacional a partir de la Independencia era un viejo anhelo que había puesto en circulación un trabajo como la *Cartilla historial o Método para estudiar la historia* (1841) escrito por José Gómez de la Cortina; así como en la justificación para decretar en 1850 que se impartiera una asignatura sobre historia de la Nueva Granada en los colegios nacionales (Lenis Ballesteros 2010: 137-151; Vázquez 2005: 281-295). Es por ello, que a partir de las disposiciones legales surgieron diversos manuales y textos escolares de historia patria que si bien pretendían inculcar sentimientos patrióticos y los comportamientos que debía tener un buen ciudadano, debían su publicación a los avales políticos y religiosos y, por ende, de la suerte de esos avales en la coyuntura política dependió la suerte editorial de los textos como ocurrió con los trabajos de José Antonio de Plaza, *Compendio de la Historia de la Nueva Granada, desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831* (1850) y las *Lecciones de historia patria escritas para los alumnos del Colegio Militar* (1891) de Guillermo Prieto.

La dinámica de la formación de ciudadanos es clave para esclarecer por qué la permanencia en el tiempo de la idea de la Independencia se debe al sentido cívico, el cual se procesó a través de la versión escolar de las “historias patrias”. Es decir, los Estados nacionales

apelaron al patriotismo para concluir el proceso de nacionalización a través de la exaltación de la identificación con el territorio, la claridad de un carácter nacional, la unidad imaginaria y la conciencia de la homogeneidad para movilizar la participación de la sociedad en el progreso del país. La nacionalización era necesaria para la existencia del Estado. La nación en América Latina se definió, entonces, a partir de un proyecto político y no desde criterios extra políticos como el idioma, la unidad territorial o la ascendencia consanguínea. Por eso, la nación históricamente se comprende por el carácter procesal de la formación del Estado nacional y desde esta perspectiva también se comprende la evolución conceptual en los procesos de construcción nacional. Así pueden percibirse los diferentes proyectos nacionales que rivalizan entre sí y cómo la nación no es un proceso acabado; lo que implica repetidas reconstrucciones con nuevos imaginarios (Knight 2000: 370-406; König 2005: 9-31).

La historia nacional difundida por los resúmenes que involucraron a los libros de texto trató de colocarse por encima de las disputas políticas y privilegiar el sentido histórico de la unidad nacional; por ello, en estas versiones no se reproducen en ellos las preguntas, las preocupaciones y las tensiones internas de la escritura de la historia que las originó. Al homogeneizarse, estos hechos pudieron interpretarse o adaptarse a las diversas y nuevas necesidades políticas, partidistas y pedagógicas, pero no se podían cambiar porque su carácter mítico los fijó de manera absoluta. De allí que los relatos sobre el origen de la nación pudieran ritualizarse y adquirieron una forma canónica que podía prestarse para las conmemoraciones, los discursos y también para la evocación en medio del fragor de la pugna política. La Independencia tomó la forma de una secuencia de acontecimientos sujeta a la cronología. De tal forma que cada episodio de esos eventos cobró el valor de una máxima o una sentencia. Fue así como se suprimió la incertidumbre sobre los acontecimientos de la Independencia y el presente se comprendió como una culminación triunfal de las promesas del destino nacional que arrancó en aquel momento cardinal (Colmenares 2008: 13-31).

4. Aspectos para profundizar: las apreciaciones de la Independencia

La Independencia llegó al siglo XX con el prestigio alcanzado a fines del siglo XIX. El epos patriótico se convirtió en una materia inagotable en la escritura de la historia en América Latina ya que en cualquier momento los episodios de aquel periodo podían usarse para articular interpretaciones desde las más variadas posiciones ideológicas y para las más disímiles coyunturas políticas, como las campañas electorales o para reivindicar el mundo local. Esta amplia utilización ratificó el sentido atribuido a la Independencia como el origen del Estado nacional y creó un poderoso consenso historiográfico, que pese a las transformaciones de la escritura de la historia durante el siglo XX pudo mantenerse a lo largo de la centuria (Chust/Serrano 2007: 9-25).

4.1 Los centenarios de la Independencia

La derrota española contra los Estados Unidos en 1898 exacerbó en los grupos letrados españoles y latinoamericanos la vieja discusión entre las bondades de la “raza anglosajona” en contraste con la “raza latina” e impulsó la reflexión sobre las dificultades raciales, culturales y geográficas que habían impedido la modernización de los Estados nacionales latinos.

El marco general en el que se desarrollaron las celebraciones del Centenario de la Independencia permiten contrastar dos elementos, más o menos visibles en los acontecimientos de la época: la exaltación de los regímenes en el poder alrededor de los cuales se sustentaba la idea del orden y el progreso, pero, al mismo tiempo, emergían planteamientos de oposición a la legitimidad de esos regímenes, como ocurrió en México a partir de noviembre de 1910 (Dávila 2010: 243-299; Pérez Vejo 2010: 31-83; Sáez Arance 2010: 369-396).

Las conmemoraciones que se realizaron en 1910 a lo largo y ancho de las centenarias repúblicas latinoamericanas fueron parte de un complejo proceso de legitimación política. En torno a las actividades cívico-culturales que se organizaron con grandes fastos, había dos grandes presupuestos ideológicos: de dónde viene la nación y hacia dónde iba en el nuevo siglo que comenzaba (Pérez Vejo 2010). Por eso, los centenarios de la Independencia fueron la culminación

del proceso de construcción nacional iniciado en el siglo XIX en el cual proclamaron la preexistencia de las naciones, rememoraron una epopeya libertaria en donde las naciones americanas se rebelaron contra el dominio despótico de España y consagraron un proceso de escritura de la historia nacional en donde la nación fue la gran protagonista de los episodios de 1810. Por eso, el siglo XX mantuvo en la esfera del conocimiento y uso de la historia la dinámica que venía del siglo XIX.

4.2 El revisionismo histórico

El enfrentamiento entre diversos proyectos políticos durante el siglo XX generó disputas en el campo de la reinterpretación del pasado, dicha dinámica se conceptualizó bajo el término de revisionismo (Betancourt Mendieta 2010; Halperin Donghi 1970; 2005; Quattrocchi-Woisson 1995).

El esfuerzo de consagración revisionista hizo énfasis en la producción de nuevas interpretaciones sobre figuras históricas como Juan Manuel de Rosas, Diego Portales y Benito Juárez; por eso, el revisionismo histórico ha tenido la capacidad de expresar diferentes vertientes de opinión colectiva que, a diferencia del siglo XIX, fueron catalogadas como marginales y disidentes debido a que existía un relato histórico nacional consagrado y unas instituciones oficiales dispuestas a reafirmarlo y difundirlo (Brading 1996: 621-651; Jiménez Marce 2003; Madero 2001).

4.3 El bicentenario y la situación actual

El siglo XXI también empieza con un periodo conmemorativo nodal, la conmemoración del bicentenario de la Independencia. A diferencia de lo que ocurrió cien años atrás, la Independencia ocupa el lugar central, pero se afronta desde la perspectiva de los efectos renovadores que está provocando una profunda revisión historiográfica de los procesos de la Independencia. Todo ello toma la forma concreta en la que se ha retomado el tema de la Constitución de Cádiz de 1812 y las nociones, debates, prácticas e interacciones que se desarrollaron en torno a ella, antes y después de su promulgación, así como su proyección en ambas márgenes del Atlántico. De esta forma, hay un convencimiento cada vez más extendido entre los historiadores de la

existencia de una fase autonomista, previa a las independencias, así como el incremento de las investigaciones sobre los procesos electorales que se expandieron a partir de 1809, la preocupación por cuestiones de teoría y práctica políticas vinculadas a los debates gaditanos y a la aplicación de la Constitución de 1812, la atención creciente a los temas étnicos en el contexto de los cambios políticos que se produjeron a partir de 1808, y la incorporación de las dos márgenes del Atlántico en una misma perspectiva analítica (Quijada 2008: 11-14).

4.4 Para cerrar con temas abiertos

El trabajo plantea que la escritura en América Latina tiene una función pública de informar y formar. En este sentido, propone que aquellos que establecieron la memoria de los acontecimientos de la Independencia partieron de un contexto en donde escribir tenía ciertas funciones, como por ejemplo, servir de herramienta para hacer política, lo que al mismo tiempo le daba el papel de instrumento en donde se asentaban las bases de un proyecto político futuro. Cuando la situación política encontró consenso a través de las victorias militares y electorales, la escritura se convirtió en un medio de educar a la población sobre las virtudes ciudadanas y la historia de la nación bajo los parámetros del proyecto triunfador. Es decir, no podemos olvidar que la imagen más inmediata que tenemos de la Independencia parte de nuestra formación como ciudadanos, como individuos que asistimos a la escuela.

Desde fines del siglo XIX y durante el siglo XX, la escritura como oficio y como saber participó de los más variados procesos de institucionalización y de profesionalización. En el caso de la escritura de la historia, estos procesos arrancaron con la fundación de Academias y continuaron con la apertura de programas de licenciatura y de institutos de investigación. En este desarrollo la Independencia mantuvo el lugar principal que los relatos del siglo XIX construyeron y que a través de la consolidación del Estado nacional estableció un relato histórico nacional. Sólo hasta finales del siglo XX y con el inicio del siglo XXI empezaron a vislumbrarse las grietas del consenso historiográfico de la Independencia.

El trabajo demuestra que la escritura de la historia en el siglo XIX estableció una secuencia discursiva que colocó hechos brutos en un orden adecuado para dotarlos de sentido con base en el fin al que apuntaban, la consagración del destino nacional; de tal forma, que el presente se convirtió en una especie de culminación triunfal de las promesas de la Independencia y con ello estableció un consenso historiográfico que perdura, con sus ya notables dificultades, durante casi toda la vida de los jóvenes Estados latinoamericanos.

Bibliografía

- Alamán, Lucas (1969): *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época XVI de las islas y continente américa hasta la Independencia*. Tomo I. México, D.F.: Editorial Jus.
- (1985): *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente*. 5 vols. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico. (Edición facsimilar de la de 1849-1852.)
- Amor de la Patria, José (pseudónimo) (1810): *Catecismo político cristiano dispuesto para la instrucción de la juventud de los pueblos libres de la América Meridional*. Santiago de Chile: s. n.
- Annino, Antonio/Rojas, Rafael (2008): *La Independencia. Los libros de la patria*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económica.
- Beezley, William (2008): "Independence Celebrations and Representations of the Nation". En: Beezley, William (ed.): *Mexican National Identity. Memory, Innuendo, and Popular Culture*. Tucson: The University of Arizona Press, pp. 53-97.
- Benjamin, Thomas (2003): *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*. México, D.F.: Santillana Ediciones Generales.
- Betancourt Mendieta, Alexander (2003): "La nacionalización del pasado. Los orígenes de las historias patrias en América Latina". En: Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Veruert, pp. 81-99.
- (2008): "La escritura de la historia en San Luis Potosí". En: Ramírez Bacca, Renzo/Betancourt Mendieta, Alexander (eds.): *Ensayos sobre historia y cultura en América Latina*. Medellín: La Carreta Editores/Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín/Universidad Autónoma de San Luis Potosí, pp. 9-27.
- (2010): "Proyectos de nación en disputa. La conmemoración del sesquicentenario de la Independencia en Colombia". En: Lillo, Gastón/Urbina, José Leandro (eds.): *De Independencias y Revoluciones. Avatares de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile: Université d'Ottawa/Universidad Alberto Hurtado/LOM Ediciones, pp. 265-282.

- Bloch, Marc (1996): *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición crítica por Étienne Bloch, trad. María Jiménez y Danielle Zaslavsky. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Brading, David (1996): "Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XIX". En: *Historia Mexicana*, XLV, [Nº. 3], pp. 621-651.
- Breña, Roberto (2006): *El primer liberalismo hispánico y los procesos de emancipación de América, 1808-1824*. México, D.F.: El Colegio de México.
- Burucúa, José Emilio/Campagne Fabián Alejandro (2003): "Mitos y simbologías nacionales en los países del Cono Sur". En: Annino, Antonio/Guerra, François-Xavier (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 433-474.
- Bustamante, Carlos María de (1843): *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán*. Tomo I. Segunda edición corregida y muy aumentada por el mismo autor. México, D.F.: Imprenta de J. Mariano Lara.
- (1985a): *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán*. 5 vols. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. (Edición facsimilar de la de 1821.)
- (1985b): *Continuación del Cuadro histórico de la revolución mexicana*. 4 vols. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. (Edición facsimilar de la de 1832.)
- (2001): *Diccionario histórico de México (1822-1848)*. Edición de Josefina Zoraida Vázquez Vega/Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva. México, D.F.: Centro de Investigaciones en Antropología Social.
- (2002): *Diario histórico de México (1822-1834)*. Edición de Josefina Zoraida Vázquez Vega/Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva. México, D.F.: El Colegio de México.
- Carrera Damas, Germán (1987): *El culto a Bolívar*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Carreras Ares, Juan José/Forcadell Álvarez, Carlos (eds.) (2003): *Usos públicos de la historia*. Madrid: Marcial Pons Historia/Universidad de Zaragoza.
- Carretero, Mario/Rosa, Alberto/González, María Fernanda (comps.) (2006): *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Castañeda García, Carmen/Galván Lafarga, Luz Elena/Martínez Moctezuma, Lucía (coords.) (2004): *Lecturas y lectores en la historia de México*. México, D.F.: Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social/El Colegio de Michoacán.
- Castelán Rueda, Roberto (1997): *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María de Bustamante y el discurso de la modernidad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Universidad de Guadalajara.
- Chust, Manuel/Serrano, José Antonio (eds.) (2007): *Debates sobre las independencias iberoamericanas*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

- Claps, María Eugenia (1997): "Carlos María de Bustamante". En: Guedea, Virginia (coord.): *El surgimiento de la historiografía nacional*. Vol. 3. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 109-126.
- Cockcroft, James D. (1971): *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- Colmenares, Germán (1986): "La *Historia de la Revolución* por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica". En: Colmenares, Germán/Díaz de Zuluaga, Zamira/Escorcia, José/Zuluaga, Francisco: *La Independencia. Ensayos de historia social*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 9-23.
- (2008): *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Medellín: La Carreta Editores.
- Colom González, Francisco (ed.) (2005): *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Costeloe, Michael (1997): "The Junta Patriótica and the Celebration of Independence in Mexico City, 1825-1855". En: *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 13, 1, pp. 21-53.
- Dávila, Luis Ricardo (2010): "Centenario e inventario de los problemas venezolanos". En: *Historia Mexicana*, LX, 1, pp. 243-299.
- Drinot, Paul (2004): "Historiography Identity and Historical Consciousness in Perú". En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 15, 1, pp. 65-88.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín (1991): "Calendario histórico y pronóstico político". En: Fernández de Lizardi, José Joaquín: *Folletos (1822-1824)*. Rec., ed. y n. de Irma Isabel Fernández y María Rosa Palazón. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 547-611.
- Galván, Luz Elena/Martínez Moctezuma, Lucía (coords.) (2010): *Las disciplinas escolares y sus libros*. México, D.F.: Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Juan Pablos Editor.
- Guedea, Virginia (1997): "Introducción". En: Guedea, Virginia (coord.): *El surgimiento de la historiografía nacional*. Vol. 3. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 11-32.
- Guerra, François-Xavier (1992): *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Editorial Mapfre.
- (2002): "Introducción". En: *Revista de Indias*, LXII, 225, pp. 329-334.
- (2006): "La ruptura originaria: mutaciones, debates y mitos de la Independencia". En: Carrera Damas, Germán/Leal Curiel, Carole/Lomné, Georges/Martínez, Frédéric (eds.): *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos/Université de Marne La Vallée/Editorial Equinoccio Universidad Simón Bolívar, pp. 21-42.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (2001): "La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX". En: Lasarte Valcárcel, Javier (ed.): *El intelectual y la historia*. Caracas: Fondo Editorial La Nave Va, pp. 57-106.

- Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2003): "Construyendo las identidades nacionales. Prácticas e imaginario histórico en Sudamérica (siglo XIX)". En: Chust, Manuel/ Mínguez Víctor (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Universitat de València/Universidad Autónoma Metropolitana/ El Colegio de Michoacán, pp. 281-306.
- Hale, Charles A. (1972): *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- (1997): "Los mitos políticos de la nación mexicana: el liberalismo y la Revolución". En: *Historia Mexicana*, 46, 4, pp. 821-837.
- Halperin Donghi, Tulio (1970): *El revisionismo histórico argentino*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- (2005): *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Harwich, Nikita (2003): "Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía". En: *Iberoamericana*, III, 10, pp. 7-22.
- Hurtado, Guillermo (2010): "Historia y ontología en México: 50 Años de Revolución". En: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 39, pp. 117-134.
- Jiménez Marce, Rogelio (2003): *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*. México, D.F.: Instituto Mora.
- Kagan, Richard L. (2010): *Los cronistas y la Corona. La política de la historia en España en las Edades Media y Moderna*. Trad. de Pablo Sánchez León. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia/Centro de Estudios de Europa Hispánica.
- Knight, Alan (2000): "Pueblo, política y nación, siglos XIX y XX". En: Uribe, Víctor Manuel/Ortiz, Luis Javier (eds.): *Naciones, gentes y territorios. Ensayos de historia e historiografía comparada de América Latina y el Caribe*. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 370-406.
- König, Hans-Joachim (2005): "Discursos de identidad, estado-nación y ciudadanía en América Latina: viejos problemas-nuevos enfoques y dimensiones". En: *Historia y Sociedad*, 11, pp. 9-31.
- König, Hans-Joachim/Pagni, Andrea/Rinke, Stefan (comps.) (2008): *Memorias de la nación en América Latina. Transformaciones, recodificaciones y usos actuales*. México, D.F.: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Lenis Ballesteros, César Augusto (2010): "Memoria, olvido y construcción de identidades: la enseñanza de la historia patria en Colombia, 1850-1911". En: *Revista Educación y Pedagogía*, 22, 58, pp. 137-151.
- López, Manuel Antonio (1889): *Recuerdos históricos de la Guerra de la Independencia. Colombia y el Perú 1819-1820*. Bogotá: Impr. "La Comercial".
- Madero, Roberto (2001): *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Maestro González, Pilar (2003): "El modelo de las historias generales y la enseñanza de la historia: límites y alternativas". En: Carreras Ares, Juan José/Forcadell Álvarez, Carlos (eds.): *Usos públicos de la historia*. Madrid: Marcial Pons Historia/Universidad de Zaragoza, pp. 173-221.

- Matute Aguirre, Álvaro (1998): "Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana". En: *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, XLI, pp. 153-168.
- (1999): "La profesionalización del trabajo histórico en el siglo xx". En: Galeana, Patricia (coord.): *México en el siglo xx*. Vol. I. México, D.F.: Archivo General de la Nación, pp. 415-440.
- (2005): *Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mejía, Sergio (2007): *La revolución en letras. La Historia de la Revolución de Colombia de José Manuel Restrepo (1781-1863)*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes/Universidad EAFIT.
- Miranda Guerrero, Roberto (1996): "La patria y el catecismo (1850-1917)". En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, II, 4, pp. 31-69.
- Mora, José María Luis (1965): *México y sus revoluciones*. Vol. III. Ed. y prol. de Agustín Yáñez. México, D.F.: Editorial Porrúa.
- O'Gorman, Edmundo (1960): "La historiografía". En: *México: Cincuenta años de la Revolución*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 423-426.
- Ortega y Medina, Juan A. (comp.) (2001): *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pérez Vejo, Tomás (2010): "Los centenarios en Hispanoamérica, la historia como representación". En: *Historia Mexicana*, LX, 1, pp. 7-29.
- Plaza, José Antonio de (1850): *Compendio de la Historia de la Nueva Granada, desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831*. Bogotá: Imprenta del Neogranadino.
- Prieto, Guillermo (1891): *Lecciones de historia patria escritas para los alumnos del Colegio Militar*. México, D.F.: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento.
- Quattrochi-Woisson, Diana (1995): *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Quijada, Mónica (2008): "Presentación". En: *Revista de Indias*, LXVIII, 242, pp. 11-14.
- Ramírez, Fausto (2003): "*Hidalgo en su estudio*: la ardua construcción de la imagen del *pater patriae* mexicano". En: Chust, Manuel/Mínguez, Víctor (eds.): *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Universitat de València/Universidad Autónoma Metropolitana/El Colegio de Michoacán, pp. 189-209.
- Romero, José Luis (1978): *Pensamiento conservador (1815-1898)*. Comp. n. y cronología José Luis Romero y Luis Alberto Romero. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sáez Arance, Antonio (2010): "Entre la autocomplacencia y la crisis: discursos de chilenidad en el primer centenario". En: *Historia Mexicana*, LX, 1, pp. 369-396.
- Salazar, José A. Michel (2001): "El estudio y la enseñanza de la historia en escuelas y liceos de Chile en la segunda mitad del siglo xix". En: *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*, 6, pp. 115-135.

- Serna, Mercedes (2000): *Crónica de Indias*. Edición de Mercedes Serna. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Sierra, Justo (1991): "Catecismo de historia patria (1894)". En: Sierra, Justo: *Obras Completas*. Vol. IX: *Ensayos y textos elementales de historia*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 391-420.
- Smith, Anthony D. (1998): "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales". En: *Revista Mexicana de Sociología*, 60, 1, pp. 61-80.
- Spiegel, Gabrielle M. (2007): "Revising the Past/Revisiting the Present: How Change Happens in Historiography". En: *History and Theory*, 46, pp. 1-19.
- Trejo, Evelia (2001): *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo Histórico" y la cuestión religiosa en México*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Vázquez, Josefina Zoraida (2005): "Los libros de texto de historia decimonónica". En: Clark de Lara, Belem/Speckman Guerra, Elisa (eds.): *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. II: *Publicaciones periódicas y otros impresos*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 281-295.
- Vélez, Palmira (2007): *La historiografía americanista en España. 1775-1936*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Wobeser, Gisela von (coord.) (1998): *Cincuenta años de investigación histórica en México*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad de Guanajuato.
- Zavala, Lorenzo de (1969): *Obras. El historiador y el representante popular. Ensayo crítico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*. Prol. y n. de Manuel González Ramírez. México, D.F.: Editorial Porrúa.